



PARQUE DE DIVERSIONES

por Laura Casasa

No me gustan las despedidas, eso ya lo sabés, pero esta es inevitable. Hubiera sido mejor que siguieras así, enamorada como una loca de los parques de diversiones, obligándome a ir todos los sábados y domingos, comprándote un algodón de azúcar y una manzana confitada. Te gastabas toda la plata de tu mes yendo al parque. Ya las muchachas que limpiaban las aceras a las cinco de la mañana te conocían y te decían hola. Mientras subías a esa máquina de locos que te llevaba en una celda diminuta y luego te dejaba caer en el vacío, o la corona de rey que giraba en vertical, en horizontal y en diagonal para batirte, vos salías de ahí riéndote delirante, desorbitada en carcajadas y la gente a tu alrededor se sonreía discretamente o te acompañaban con una risa crujiente como la tuya, igual de sonora y cómplice, mientras yo, la cara larga, te esperaba con todos los colgantes que me habías dejado en custodia. Yo prefería estar en tierra firme. Muchas veces había tenido que ir más allá de la náusea luego de un intento de subir a una de esas máquinas descomunales y el vértigo me generaba un temor siniestro.

Debí haberlo previsto. Debí saberlo desde el día que te conocí agitando tus pies en la hamaca, corriendo con pasos alargados para impulsarte y abanicar el aire tratando de ir lo más arriba posible, robando solamente unos grados a los trescientos sesenta. Yo me quedé totalmente anonadado. Alguien como yo es incapaz de sentir algo como vos. Y luego, en tierra firme, me senté en la hamaca inmóvil de al lado, vos respirando con fuerza. Ese día acercaste tus pies unos centímetros al suelo.

Cuando comenzaste a usar la cama de trampolín y colgaste las hamacas en el techo de la habitación me pareció excéntrico (vos siempre has sido excéntrica), pero era algo

curioso, original para mi vida sedentaria y un poco monótona. Traer aquí unas cuantas cintas de colores, unos globos, una máquina de algodón de azúcar me pareció bien, querías armonizar la decoración. Pero el día en que encontré al vendedor de manzanas escarchadas dentro de nuestro cuarto, preparándose para tener una sesión de amor con vos colgando del columpio, todo me resultó un atropello, yo que te había traído una bolsita de maní garapiñado para compensarte porque ese domingo me había negado a ir con vos al parque. Es decir, nuestra relación es libre. Soy libre, espero que me entendás. No es justo cuando me acusás de aburrido, de realista, de querer estar siempre con los pies en la tierra. Solamente que no disfruto de las alturas y no me siento a gusto cuando mi cuerpo parece desprenderse llevado por las malditas leyes de la física.

El tema del día de los espejos me hizo verte de manera distinta. Irónico que sea ese día, que hayan sido los espejos, quienes me mostraron tu reflejo por primera vez. Cuando entramos en la carpa amarilla y pasamos el umbral de la entrada yo ya me había tranquilizado. Era una de las atracciones ideal para mí, en terreno firme, sin obligarme a sujetarme de nada, solo viendo nuestras inocentes figuras al frente, reconociéndonos por primera vez como dos niños. Yo te tomé de la mano. Vos la soltaste en seguida, no te gustaba que pensaran que yo era un cobarde y vos mi protectora. Y comenzaste a desfilar entre los espejos, a esconderte de mí, a simular aparecer y yo me confundía entre vidrios transparentes, entre figuras gordas e hinchadas. Las figuras largas te hacían escabullirte, disolverte en una línea eterna, alargada, que iba más allá del espacio físico en que nos encontrábamos. El vértigo comenzó a tomarme, mi cabeza comenzó a girar, busqué ansiosamente un lugar de donde asirme y solo encontraba el frío de los espejos. Tuve que cerrar mis ojos mientras alrededor solo quedaba un movimiento vertiginoso, acelerado y percibí que estaba realmente solo. Un momento antes solo vi millones de líneas veloces que me rodeaban. Entonces oí el primer chasquido, luego el otro. Cada espejo fue cayendo, delirante. Mil imágenes de tu rostro desfigurado, de tu pie pateando los espejos y de tus golpes con lo que encontrabas a mano iban cayendo, desnudándote hasta que al final solo quedaste vos, en el centro de millones de vidrios que volaban por los cielos, clavándose en algunos de los ingenuos que pasaban por ahí. Y yo avergonzado con todos los que me veían en medio de polvo de espejo, hundido dentro de la carpa plástica amarilla, derrotado en el suelo, aferrado a tus pies, mientras

que vos arrancabas tus piernas de mis manos, despreciándome mientras reías y reías, mientras entendías por primera vez por qué razón estabas en el mundo. Vos con tu pelo revuelto, salvaje, tu baba cayendo enloquecida. Tu locura acabó cuando el último pedazo de espejo llegó al suelo, quedando clavado directo, estrecho, entre tu pie y el mío, sin hacernos daño. Te quedaste de pie, con mirada triunfante y con los puños en alto.

Entenderás por qué me voy. No tengo más que hacer con vos. Estoy casi convencido de que no somos del mismo material, que cuando me decís que no te amo es cierto, porque ya no puedo amarte. Solo un día que no estabas, subí a uno de tus columpios, me mecí lentamente, aferrado a una cuerda cercana y creí por un momento disfrutar del vacío que rodeaba mis movimientos. Pensé que tal vez... pero no, siento que no es necesario. Creo que estarás bien a tus aires.